

Georgie, el Borges Desconocido

Mucho se ha escrito sobre Borges y mucho se escribirá. Pero surge ahora un testimonio sobre él de excepcional interés, porque lo ha escrito quien es su amigo desde la infancia y que lo ha tratado desde entonces con regular frecuencia, en la intimidad familiar y porque juntos iniciaron y compartieron sus inicios literarios: Ulyses Petit de Murat, poeta, novelista, ensayista, autor teatral, guionista cinematográfico y notable personalidad en las letras y en la vida argentina, y bien conocido en México, donde residió por años. Petit de Murat recoge ángulos sorprendidos y no conocidos del carácter personal y de la vida y la obra de Borges: "Borges Buenos Aires". Estos son anticipos de tal libro en prensa.

Por ULYSES PETIT DE MURAT
(Primera de Tres Partes)



BORGES, CUANDO SE PRESENTO su traducción de "Hojas de hierba", de Whitman. Con él su madre, el pintor Antonio Berni y Ulyses Petit de Murat, el más cercano y antiguo amigo de "Georgie", autor del libro del que damos aquí fragmentos.

Hasta que Georgie se vio rodeado de compañeros —sea en la escuela del estado de Palermo, sea en la de Suiza—, este muchachito tímido y muy reservado tuvo dos camaradas de juego: su hermana Norah, dos años menor que él y su prima, Esther Haedo (más tarde casada con el novelista Enrique Amorim), en cuya estancia de Fray Bentos, en el Uruguay, la familia pasaba los veranos. Es raro imaginar que los juegos incluyeran representaciones teatrales, que eran largamente aplaudidas por inexistentes auditorios. Sobre todo luego de haber asistido, como me sucedió a mí, al auténtico terror, acompañado de profundos malestares orgánicos, que le ocasionaba a Borges la perspectiva de dar una conferencia. Le costó años dominar el choque nervioso que le originaba el contacto con grupos humanos numerosos, hasta llegar al dominio actual. Me acuerdo que en Zárate, a una disertación, siguió una copiosa banquetada. La gente no cesaba de inferirle toda clase de preguntas. Alguien le dijo:

—¿Qué piensa del folclore, señor Borges?

Respondió:

—Que ya está gustando mucho en el campo.

Esta velocidad humorística de sus respuestas es formidable. Tuvimos ocho largos diálogos para la televisión. El mismo día de uno de ellos, una entusiasta locutora, sin acordarse de su ceguera, lo incitó:

—Venga, venga a ver este maravilloso aparato.

—¿Usted siempre habla con metáforas? —le respondió Georgie.

Otra vez, cuando le habían donado a la Biblioteca Nacional, de la que era director, una escultura de piedras cuadradas original de Badi, y titulada Martín Fierro, lo consultaron acerca de si le gustaba. Contestó:

—Es muy buena. Estas esculturas pueden dictarse, lo que es una gran ventaja.

Se le creó una fuerte tirantez con el poeta Jijena Sánchez, cuando se enteró de la opinión que había emitido sobre su libro Achalay:

—Es raro para un libro de versos: tiene título de estornudo.

Estando comiendo con Ricardo Güiraldes en un restaurante de la calle Corrientes, recibió el encargo de éste de asistir el paso zigzagueante del doctor Clodomiro Cordero, que se dirigía hacia la salida, con una confusión total acerca de la línea recta, originada por libaciones copiosas. El resultado fue inesperado. Al tratar de verticalizar a don Clodomiro, Georgie se cayó al suelo como tabla. No quería ser socorrido hasta que el problema metafísico que planteaba así, fuera solucionado:

—¿Cómo, si el doctor Cordero es el que ha bebido de más, soy yo el que me caigo?

Durante una reunión en la Sociedad Argentina de Escritores, el poeta Vicente Barbieri, siempre estremecido por la fiebre de una tesis que finalmente lo arrasó, clamaba:

—Hay que hacer algo por los jóvenes.

Con dos palabras, Borges aconsejó el procedimiento a seguir:

—Sí, disuadirlos.

Otro poeta, lleno de romántica languidez, afirmó que tenía un mal presentimiento, pues una literata de allende el mar se le había aparecido en una ensoñación, diciéndole:

—Adiós... Adiós...

—Georgie comentó:

—Educada ella, ¿no?

Yo estaba próximo a caer enfermo. Georgie me visitaba en la quinta de mis padres, en Ramos Mejía. Muy fatigado, trataba de coincidir en todo lo que decía para no despertar esos momentos polémicos que le encantan.

Avanzó hacia mí y, tomándome de las solapas del saco, me dijo, con aire de reproche:

—¿Quién sos vos para discutirme?

Creo que lo que más admira Georgie es el coraje. Sobre todo si es desinteresado. Esto lo ha hecho alcanzar la situación límite de sus relatos y milongas: no importa el homicidio si carece de causa reductible. Un cuchillero que busca a otro para batirse con él porque tiene gran renombre en un barrio de la misma ciudad es admirable en la medida que derrama sangre sin ningún otro añadido, incluido el pasional, para la mayoría de los aprendices de penalista, la única causa exitiva. Esta especie de extraña alucinación lo atacó a Georgie desde escondidas esquinas de su infancia. Cerca de su casa de la calle Serrano pululaban tipos de esa calaña agresiva. Eran las orillas del Buenos Aires de principio de siglo. Leonor Acevedo de Borges, nuestra bienamada Leonorcita hasta los casi cien años en que murió en la residencia final, que todavía ocupa Georgie a la altura del 900 de la calle Maipú, le solía decir a su hija Norah:

—Callate, sos una orillera.

De todo el grupo martinfierrista solamente Oliverio Girondo y Ricardo Güiraldes tenían dinero. Los demás subsistíamos con asignaciones familiares, muy parcas, o con los magros sueldos periodísticos de la época. Alguno estaba condenado a un empleo matutino. Como Eduardo González Lanuza, que, según propia confesión, se mantuvo al margen de los barullos y escándalos nocturnos de nuestra generación por la costumbre ligeramente avícola de sumergirse en el lecho a la detestable hora de la prima noche en que lo hacen los tiranizados horteras.

¿Cómo participaba Georgie en esa magnífica amplificación de la noche que González Lanuza ha descrito como de barullo y escándalo? Los banquetes, homenajes y otras euforias se multiplicaban. Las apoteosis báquicas eran frecuentes. Borges adoptó el simbolismo de los martinfierristas, costumbre considerada un tanto revolucionaria por los hombres de 50 años de esos 20, con la excepción de Macedonio Fernández, el de más edad del grupo. Adhirió con visible fervor a la costumbre inusitada de incorporar mujeres a los banquetes. Europa le había dado más calle y escuela que muchos años de Buenos Aires, con gobernanta inglesa y las ilusiones de un mundo hacia afuera traído por visitantes. Conocemos una de sus prosas, poco publicadas, en que menciona las tertulias en las casas mallorquinas de la categoría de la maison Tellier, de Guy de Maupassant. Nos contó su nostalgia de una muchacha no recuperada de la avenue Blanche, en Ginebra. Tenía un declive bárbaro, como ansioso, este pichón de caballero victoriano. Así le dicen los chilenos al arte de empinar la copa. Practicaba la costumbre anexa a varios de los doce césares (según el testimonio del historiador Suetonio), de liberar el fatigado estómago con un par de dedos en la garganta. Para este menester elegía un árbol de la Recoleta; para su nihilismo de fondo, que cesaba en el museo familiar hogareño y en el solemne, genial ámbito de sus poemas, los antepasados de próxima cenizas no contaban. Tal vez los asimilaba a su futuro empecinamiento de morir del todo, de no ser recordado por nadie, de que el silencio y el olvido proclamaran, por fin, ese fraude (según dice) de ser Borges, con el que él responde a los que escriben libros, ensayos y valoraciones sobre su literatura en Alemania, Japón, Islandia o Grecia que hace mucho no lee, que en vano Leonorcita intentaba hacerle escuchar. Le da una de esas frecuentes pataletas mentales que lo caracterizaban de niño, cada vez que le hablan de una posible perduración.

(Continuará)

Georgie, el Borges Desconocido

El Nacimiento de Borges Narrador ★ Prohibido el Verbo Fornicar ★ Sus Primeros Cuentos ★ El Fervor de Buenos Aires ★ Su Renombre Mundial ★ Algunas Cartas de Georgie

Por ULYSES PETIT DE MURAT

(Segunda de Tres Partes)



A GEORGIE, las criaturas del sexo opuesto le han parecido como a Keats el vaso griego.

Corrían los finales de los veinte. Publiqué un artículo sobre James Joyce en *Critica*. Botana me llamó y me dijo que estaba interesado en leer el Ulyses, pero que no sabía inglés. ¿Me atrevía a traducirlo? Sí; con la ayuda de Jorge Luis Borges. Botana aprobó de inmediato. Ante la mirada un tanto burlona del periodismo profesional, tenía una redacción que más parecía un club literario: Roberto Arlt, Horacio Rega Molina, Roberto Tállice, Sixto Pondal Ríos, Pablo Rojas Paz, Córdoba Iturburu, Conrado Nalé Roxio... Hizo telegrafiar a Londres. Los derechos le habían sido otorgados a Salas Subirat. Pero cuando me encargó la dirección de la *Revista Multicolor de los Sábados* y le dije que ya con la página de cine tenía bastante y le propuse hacerla, pero con la ayuda de alguien, aprobó enseguida que fuera Borges. Atención, que va a nacer el Borges narrador, el que logró, luego de la traducción de *Ficciones* al francés, renombre mundial.

Natalio Botana nos dijo que teníamos que escribir por lo menos dos veces por mes con nuestras firmas. Lo cierto que esas firmas, en ese momento, correspondían a dos martiniferistas de 29 y 21 años, no valían un comino. Pero Botana, aunque nos pidió que le solicitáramos colaboraciones a Horacio Quiroga y Benito Lynch, sin reparar en precio, insistió en que nos puséramos, de una manera culta pero clara, al alcance de las masas de lectores que adquirían las cuatro y a veces (si había un match de box o partido de fútbol importante) cinco ediciones de su periódico. Borges hizo imprimir un ensayo sobre *Las mil y una noches*. Botana le dijo que debía buscar algo con más acción: por el lado de Conrad, de Jack London, específicamente. Ah, y que no volviera a usar el verbo fornicar porque, a pesar de estar en el *Libro de los Libros*, era palabra que no se imprimía en *Critica*.

Borges se despachó con *Hombres pelearon*, primera versión de *El hombre de la esquina rosada*. El proveedor de iniquidades Monk Eastman, El tintorero enmascarado... toda la serie que reunió bajo el título de *Historia Universal de la Infamia*. En lugar de *La vindicación de Bouvard et Pécuchet* o *Paul Groussac*, que hubieran tardado mucho más en trascender; nació en su prosa la temática de tipo narrativo, por la sugestión de un hombre que, como Botana siempre sabía pedir aquello que uno, luego, notaba con asombro que sabía hacer... Así notas policiales a Roberto Arlt o de fútbol a Pablo Rojas Paz o de humorismo al grave poeta joven Pondal Ríos. Con modestia, Borges llamó a estas primeras experiencias ejercicios de prosa narrativa basadas en relatos formulados, primeramente por otros autores. Se soltaban los pájaros de oro del futuro vigor de los que habla Stéphane Mallarmé. Entre cotidianas charlas de periódico junto a Bellodomo, armador de las páginas de nuestra revista, nació un sistema estelar de narración que ha sido equi-

parado al de los mejores autores de cuentos de todos los tiempos. Borges le asignaba los pequeños límites que le había otorgado a su revista mural *Prisma*, cuando se iba noche adentro a pegarla, con engrudo provisto por Leonorcita, por las calle Entre Ríos y México, en compañía de algunos amigos. O como cuando, con dinero regalado por su padre, secretario jubilado de los tribunales, escritor que cesó al publicar su novela *El caudillo*, dio a la estampa, cuando tenía 24 años, los poemas de *Fervor de Buenos Aires*.

Les tenía tan poca fe a esos trescientos ejemplares hoy de alta cotización en Nueva York y Londres, que un día se los mostró, con aire de rogativa, a Bianchi, codirector de la revista *Nosotros*. El hombre, espantado, retrocedió. Georgie le dijo que no tenía la menor ilusión acerca de una posible compra por quiméricos lectores. Pero si le pedía, dado que era invierno, le permitiera depositar subrepticamente algunos ejemplares en los bolsillos de los sobretodos de los asistentes a las pláticas literarias. La mayoría de ellos, causando una especie de fantástico regocijo en Borges, los devolvían, dejando sobre la mesa de la antesala esos impedimentos para calentarse las manos en los amplios bolsillos antiliterarios.

Tengo a mano un par de las cartas de Borges aunque, al enviarme *The sixth beatitude*, de Radcliffe Hall (de la que traduje *El pozo de la soledad*, y tal vez por eso mismo) al sanatorio de Ascochinga, donde estuve internado unos tres años, reparando las depredaciones del bacilo de Koch, me dice. Ya sabes lo desespistolar, lo incurablemente des o inespistolar que soy. Ya sabes, también, que ello no significa disminución de amistad. Con Elvira (de Alvear, la de su amor de esa época), con Manuel Peyrou, con las de González Acha, te recordamos siempre. Antes, a La Rioja, me había escrito la otra: ¡Salve! —ya estoy en vísperas de ser corrector final de pruebas (tarea que yo detestaba) de conmemoraciones (mi primer libro), colaboración honrosa y tarea en que destogaré mi curiosidad. Tengo también noticia de los dibujos de la suntuosa María Justina (María Justina Darré, hermana del conocido orquestador y compositor musical): creo de antemano que su mejor colaboración sería un retrato suyo. El sábado, en San Antonio de Areco, vivimos en montón (Nicolás Olivari, Xul Solar, Enrique González Tuñón, Augusto Mario Delfino, la barra entera de *Criterio* (la revista católica), Norah, Guillermo de Torre, Fijman, ¡ay de mí! (detestaba al poeta de Molinos Rojos), etcétera. Un día cargado de cosas lindas, de guitarra, carne con cuero amistades, paisanaje duro, campo de sobra, vino tinto y puesta de sol.

Esta noche o mañana, espero otro regalo importante: sentir en carne propia la inaudita voz de George Bancroft y su carcajada de pelea en *The wolf of Wall Street*. Ya trabé conocimiento con la de Jennings, en su realmente inolvidable grito patético de Alta traición. Noticias creo que no hay otras. (Si hay otras: he reanudado mi amistad frecuente con Macedonio, y de Norah Langue tengo cartas seguidas). También mis ojos que comerá la tierra la han visto a Haydée (hermana de Norah Lange, alta, lo que durante un largo tiempo fue sinónimo de hermosa para Georgie, tratándose de mujeres). No me hace caso con maravillosa afabilidad y piedad, igual que la Quilez (G. Acha de Tomkinson Alvear, menos alta que Haydée, pero muy bonita y elegante). Esa quizá también es noticia, aunque facciones de la nueva muchacha con las de alguna actriz de cine. Aunque no aseguraba con esto una solución gloriosa, nunca fallaba como prólogo.

A Georgie las criaturas del sexo opuesto le han parecido como a Keats el vaso griego: a thing of beauty is a joy for ever. Por eso —y ésta es la misteriosa alquimia de los corazones que nadie se puede atrever a juzgar— el casamiento con su amiga de los años jóvenes, Elsa Astete Millán, quizá, por el artificio un tanto fatal de la vida cotidiana, le resultó enemigo de esa magia que vuelve a revivir (y no sabemos con qué límites) en la encantadora María Kodama, de quien afirma:

—No se oye nada. Ya debe estar aquí María.

(Continuará)

Georgie: el Borges Desconocido

Burla Interior Ante Ritos; Inmediato Estilo de
Yrigoyonista a Conservador Indiferente; Necio,
Arbitrario, Magnífico y Contradictorio Georgie

Por ULYSES PETIT DE MURAT

(Última de tres partes)

Pensando en los cincuenta y cuatro años que hace que lo conozco, siento que Jorge Luis Borges es temblantemente fiel a sí mismo. Su desprecio por la promoción, su descreimiento de todo lo que no sea seguir en la inexplicable tarea de alinear palabras, su seguridad de que las cosas más importantes ya han sido escritas (y varias veces) por otros, su burla interior ante los ritos y ceremonias del mundo (academias, doctorados de Oxford, la Sorbona, etc.), una pequeña satisfacción, una pequeña conformidad ante la idea de que su trabajo tiene cierto sentido, idéntica a cuando cobraba pesitos en cualquier publicación que cuando percibe los cuantiosos dólares de los premios de Brasil, España, Israel, México, etcétera, la tentativa de fuga de sus obsesiones en la forma primaria del viaje, la mínima ruptura de su aislamiento y soledad mediante la práctica del diálogo con esos fantasmas que son sus interlocutores, son iguales a sus ochenta y un años (nacido en 1899), a lo que eran cuando tenía veinte.

Tuvo de inmediato un estilo. Lo sigue teniendo en grado sumo y magistral. En el curso de una declaración dijo que yo tenía razón (su memoria es de asombro, nadie sino él pudo escribir esa pieza única, *Funes el memorioso*) al haberle dicho que no perdiera tanto tiempo en cambiar una y otra vez un adjetivo, porque cada uno de nosotros tiene su medida y sanseacabó. La de él lo condenó desde siempre a ser el primero, un auténtico ganador. No le valieron, para perder, sus muchas reservas, su desaprensiva manera de juzgar a los otros literatos, a lo que se consideró autorizado luego de juzgarse negativamente a sí mismo. Le perdonaron la burla abierta. Una empuñada escritora francesa le preguntó qué autor francés le gustaba. Esperaba, seguramente, que dijera Rimbaud o Balzac o Flaubert. Dijo Verlaine.

Añadió que en la Argentina había un autor francés muy conocido, aunque a él no le interesaba mayormente. ¿Su nombre? Charles Gardés. El nombre real de Carlos Gardel. La insensata reportera, repitiendo el error que multiplican los muchos periodistas que transcriben sus caprichosas, contradictorias respuestas, insertó el reportaje en un libro de amplia circulación. Eso no le interesa mayormente al hombre que le fabricó un poema inexistente a Rudyard Kipling, cuando pasó por el Brasil, para publicarlo como pieza inédita en la revista *Martin Fierro*. En un tiempo Lugones fue para él lo más insoportable del mundo; años después, no había nada mejor, era un poeta que se había anticipado, con inmensa riqueza, a lo que él y varios de la nuestra generación hicimos parcialmente y a duras penas. De radical yrigoyonista fervoroso pasó a conservador indiferente. Calificaba de mito incomparable a don Hipólito. Caía casi en éxtasis (totalmente caricaturesco) con Panchito López Merino.

—¿Compararemos al doctor con el océano? ¡Es poco!

Cuando estuvo frente al doctor, que nos recibía con su afable astucia política, al constituir el Comité Yrigoyonista de Intelectuales Jóvenes (con Marechal, los dos Tuñón, Bernárdez, Molinari, Macedonio Fernández, Rojas Paz, Nicolás Olivari, etc.), se hizo a un costado para decirme burlonamente y con ese tono medio balbuceante que lo caracteriza (él dice que es tartamudo).

—Y... y..., ¿cuándo traen las empanadas envueltas en nombramientos?

Por fin mi venalidad y el mucho afecto que le tengo a Ricardo Freixá me hicieron acceder a escribir un libro sobre este amigo de más de medio siglo: la retribución era excelente para mi *Borges Buenos Aires*.

Lo previno a Georgie que yo haría el libro, que no usaría un grabador, como una veintena de supuestos autores, que con su propensión a llenar espacios vacíos de su difícil existencia de —por ejemplo— denodado lector condenado a no leer, de crónico caminador condenado a la inmovilidad, con charlas larguissimas, han escrito supuestamente libros sobre su vida y obra. Con cierto orgullo me mostró la herida que le infirieron durante una intervención quirúrgica, lo que fue una buena entrada para que yo estimara su hazaña de incorporarse por las mañanas desde un bajísimo lecho japonés, usando como apoyo la moldura cercana a la cabecera. Hablamos de nuestros tiempos, de los lados por las copas y de cómo ambos las dejamos sin necesidad de prescripción médica, simplemente por tedio. Se acordó de una épica excursión en coche abierto de plaza, durante la que pasamos debajo del puente de ferrocarril de la avenida de los Incas y de otra, con el desdichado Pierre Drieu la Rochelle (se suicidó muy joven) en la que visitamos un pavoroso boliche de Ciudadela, con más de cien mujeres que hubiera deseado pintar Toulouse-Lautrec; de otra en los contornos del conde de Keyserling, en lo de Victoria Ocampo, que, olvidado de todos sus temas filosóficos, descorchaba con los dientes botellas de champagne y regaba con su contenido a los concurrentes; de otras en que, durante noches y noches, luego de la muerte de nuestro querido Ricardo Güiraldes y de mi pequeña hermana Judith (murió a los 17 años) que le había revelado el jazz, ejecutando al piano los blues de Handy, hablamos y hablamos sobre el tema. Un tema acerca del que la mayoría de los jóvenes es perfectamente incrédula. Nos reímos al recordar, de pronto, que yo le había escrito una carta descreyendo de su muerte, anunciada en periódicos del extranjero. Me contestó:

Querido Ulyses: Aquí estoy vivo y coleando, a pesar del Figaro. La noticia no era falsa sino (como ocurre siempre en tales casos) prematura y profética. Mientras tanto, mis mejores deseos y los de madre por un gran 1958 para ti y los tuyos. Un gran abrazo de Jorge Luis Borges.

En este final, como a él le gusta, le dejo la última palabra. ¡Salve, caprichoso, arbitrario, magnífico, contradictorio Georgie, noble amigo mío!



JORGE LUIS BORGES y su madre Leonor Acevedo. "Leonorcita nos daba dinero para que tomara un taxi al dejar los cafés".